

Opinión

EN CARICATURAS

'San Valentín'



Monarquía bananera



Nada de rastros



Interrogantes sobre la confianza pública

A mediados de los años noventa Francis Fukuyama publicó un libro titulado Confianza. Las virtudes sociales y la creación de prosperidad. Su tesis fundamental era que el bienestar de una nación, al igual que la capacidad de su economía para crecer y competir, depende del nivel de confianza inherente en la sociedad.



EPM y Ecopetrol-ISA

Carlos Caballero Argáez

Recorde el libro de Fukuyama porque en Colombia no es claro que la confianza de la ciudadanía en el Estado y en sus instituciones sea un valor cultural que debe protegerse a todo costo. Sin confianza, una sociedad no es viable. En los últimos tiempos, sin embargo, dirigentes y autoridades se han dedicado a destruir la poca confianza existente.

go, que da lugar a la inseguridad jurídica y económica.

Los hechos más recientes relacionados con las empresas estatales lo confirman. Lo que viene sucediendo con el manejo de las Empresas Públicas de Medellín (EPM) ha puesto en riesgo su presente y su futuro. Primero fue la renuncia intempestiva de la junta directiva por no sentirse ni consultada ni participe en las decisiones adoptadas por el alcalde y el gerente y, hace pocos días, la confusa renuncia o el despedido de este último.

Se dirá que el país, como el mundo entero, ha padecido el impacto de una situación extraordinaria y desconocida como la pandemia de covid-19, que ha modificado las normas de la interacción social, generando miedo entre las gentes y afectado la confianza. Es cierto. Pero a eso hay que sumarle el irrespeto permanente a las reglas de jue-

El alcalde de Medellín cree que puede mandar a su antojo la empresa de servicios públicos más importante del país, pasando por encima de unas mínimas normas de comportamiento corporativo. Es el peligro de que políticos inexpertos manejen las empresas del Estado.

Y, para colmo de males, el ex-

presidente Uribe Vélez se precipitó a sugerir la intervención administrativa de la empresa por parte del Gobierno Nacional, creando

todavía más incertidumbre. Es como si los propios antioqueños quisieran destruir no ya la confianza de los ciudadanos y los acreedores en EPM, sino la misma empresa.

¿Con qué cara se le puede pedir a una comunidad que confíe en sus dirigentes si presencian este espectáculo en tal grado irresponsable?

El interés de Ecopetrol de hacerse con la propiedad de ISA es otro caso en el cual se olvida que hay accionistas minoritarios que invertirían en las dos empresas, entre ellos los fondos privados de pensiones, con la seguridad de que sus derechos serán respetados por el accionista mayoritario y se encuentran, ahora, con el cambio en las reglas de juego.

La situación se agrava porque colocando a la Nación y a los accionistas minoritarios se omite el procedimiento establecido para vender empresas estatales -la Ley 226 de 1994-, lo conduciría a efectuar una operación en condiciones de mercado, colocándola a la Nación y a los accionistas minoritarios en igualdad de condiciones. Se le propina así un golpe al mercado de capitales cuando, en teoría, lo que el Gobierno buscaba era promover su desarrollo e inclusive había convocado una misión de expertos para tal fin.

¿Con qué nivel de confianza se van a acercar a la Bolsa de Valores de Colombia los inversionistas, personas naturales o fondos de pensiones?



Cosas que pasan

Lucy Nieto de Samper

Expectativas

Además de la pandemia, Colombia padece hoy más inseguridad y más violencia que cuando las Farc estaban en la cima, cometiendo los crímenes y los horrores que ahora confiesan ante la JEP. Entre tanto, sin mayor interés en cumplir los acuerdos de paz firmados en La Habana por los negociadores del gobierno del M. Santos, el presidente Iván Duque -quien sigue cerrado a la banda frente a cualquier posibilidad de entendimiento con el Eln- no ha podido impedir que ese y otros violentos grupos armados sigan haciendo de las suyas en vastas regiones del país donde todos los días asesinan a líderes sociales, dirigentes campesinos y valientes promotores de paz.

Los medios de comunicación dan cuenta y razón todos los días de las masacres que cometen esa partida de violentos violadores de la ley y de paz, quienes se han ensañado en matar habitantes de Antioquia, los Santandres, Valle, Cauca, Putumayo, Nariño... Entre tanto, nuestras Fuerzas Armadas, no obstante su preparación, su valor, su pericia para combatir criminales, no han logrado diezmar a esa partida de asesinos, quienes, multiplicándose como curules, han llenado de cadáveres y de escombros vastas regiones. Así han convertido a esta nación en la más violenta y peligrosa del subcontinente.

Frente a tanto desastre, vale la pena hacer cuentas. Si nuestras Fuerzas Armadas, valientes y bien preparadas, no dan abasto en su diaria tarea de combatir tanta criminalidad, tanta violencia, es porque en este país es mayor el número de antisociales, armados hasta los dientes, que el número de los bien preparados soldados del Ejército Nacional. Por lo tanto, en esa lucha sin cuartel contra esas mafias, son cada vez más frecuentes más violentos sus enfrentamientos con la Fuerza Pública. Ante esta realidad tan peligrosa y violenta, el Ejército Nacional necesita, además de mucho valor, tener una dirección sabia y eficiente.

Con tanta inseguridad, tanta violencia, era de primera necesidad tener al frente de las Fuerzas Armadas a un ministro de Defensa experimentado, con sólida carrera profesional y administrativa, requisitos que llenaba de sobra el ministro Carlos Holmes Trujillo. En su reemplazo se esperaba un candidato con mucha experiencia, con alto recorrido administrativo y profesional. No obstante, no fueron esas las cualidades que buscó el presidente Duque cuando eligió al sucesor del ministro Trujillo.

En este caso volvió a primar el amiguismo. Pues Diego Molano, quien fue buen concejal y jefe del Departamento Administrativo de la Presidencia de la República, no tiene la trayectoria, los conocimientos ni la experiencia para manejar, en tiempos tan turbulentos, el Ministerio de Defensa. En resumen, Diego Molano saltó al Ministerio de Defensa no por su preparación, sus conocimientos y su experiencia, sino por ser muy amigo del presidente Iván Duque. Esta buena amistad, que es un plus para Molano, no le alcanzaba para dar ese salto hasta la cúspide.

En realidad, no basta ser buen amigo del Presidente de la República para poder ascender a un ministerio de primera categoría. Ante las críticas recibidas por ese nombramiento, el presidente Duque se justificó con estos argumentos: Diego Molano nació en el Hospital Militar, es hijo de un importante general y estudió en una academia militar. Todo lo cual, así pueda ser muy valioso para el ministro y para el Presidente, no sirve para justificar un nombramiento clave, en tiempos tan conflictivos y turbulentos.

Pero a lo hecho, pecho, como dicen por ahí. En todo caso, Diego Molano debe demostrar que sí da la talla. Creo que el país estará pendiente.

Triste despedida

Como la periodista más antigua de este periódico -60 años o más-, lamento de verdad que Pombó haya renunciado a la Dirección de EL TIEMPO. Fue un ejemplo como ser humano y como periodista. Afortunados quienes trabajaron con este director. Buen viento y buena mar, querido Roberto.

lucynietods@gmail.com

Los tomates ya no saben

Poco antes de que empezara la pandemia me tratoraron a gustarme, así como las galletas Can Can, una marca que ya no existe. Pero, claro, ¿cómo iba a durar si la salsa de tomate no sabe a tomate y más bien tiene ese sabor agríndice que es adictivo?



¿Nos parecemos a ellos?

Adolfo Zableh Durán

Eso sí, era fanático de la salsa de tomate. En casa hacíamos mercado para el mes completo y la salsa no llegaba a la semana, así como las galletas Can Can, una marca que ya no existe. Pero, claro, ¿cómo iba a durar si la salsa de tomate no sabe a tomate y más bien tiene ese sabor agríndice que es adictivo?

zón u otra, ya casi nada sabe igual. Pasa con la cebolla roja, que en la tienda del barrio es morada y te saca lágrimas con solo verla a lo lejos, mientras que la de supermercado es una debilidad que no hace llorar a nadie. Le ocurre también al Frozo Malt, ese producto que es una de las banderas de Barranquilla, casi a la altura del Junio y el carnaval. Y aunque cada vez se siente más diferente, no pierdo la esperanza y lo sigo comiendo por mucho que al saborearlo no logre volver al pasado. Estoy seguro de que, de seguir existiendo, las Can Can tampoco me llevarán de vuelta a la alacena de la antigua casa familiar.

Un día, no hace mucho, los tomates empezaron a gustarme, así como las aceitunas, me sentí orgulloso porque creí que por fin me estaba convirtiendo en adulto; pero mientras tenía claro que las aceitunas seguían siendo las de siempre, con los tomates tuve sospechas porque ya no me producían las arcadas de antes. Me puse a investigar y descubrí que, en efecto, habían cambiado de sabor debido a que les habían quitado (en el laboratorio, supongo) más de una decena de componentes que les daban su sabor característico.

El viejo Frozo Malt no era una maldada, pero tampoco un helado, estaba a mitad de camino entre una cosa y otra; y tampoco sabía a chocolate, pero era achocolatado. Su sabor era un misterio, al punto de que su receta era tratada con el mismo secretismo que la fórmula de la Coca-Cola. Ahora no es nada de eso y hasta la textura no es otra: dependiendo del local

de la ciudad al que vayas puedes dar con un blando como una masa de helado, o duro como un helado recién sacado del congelador, lo que ha revalidado una pregunta de todos los tiempos: ¿el Frozo Malt se toma o se come? Polémica similar enfrenta el tomate, del que no se sabe si es fruta o verdura. La ciencia dice que es lo primero, pero yo no puedo dejar de verlo como lo segundo.

Los tomates de hoy lucen bellos, esplendorosos me atrevo a decir. Destacan en medio de la sección de verduras gracias a su color. Luego te acercas, los tocas y son macizos; y brillan, parecen espejos, como lo zapatos que embolaba Joe Pesci en Godfellas cuando era niño. Te los llevas a casa y suenan desesables mientras los remueves, al punto de que los usas en todo, no solo en la ensalada, sino untados en el pan para aderezar el sándwich y en viejos picadillo con el ají casero. Se ven tan irresistibles que hasta te antojas de darles un mordisco como si, en efecto, fuera una fruta, un mango que acabas de bajar del árbol; pero, al igual que el mango de supermercado, el tomate no sabe a nada.

Tanta anticipación y tanta molestuosidad y es como si estuvieras masticando agua. A veces me da por pensar que las personas de ahora nos parecemos a los tomates más de lo que creemos: aunque duremos más que antes y luzcamos bien por fuera, no tenemos mucho que ofrecer. Los gimnasios están llenos; pero nunca habíamos sido tan desabridos.